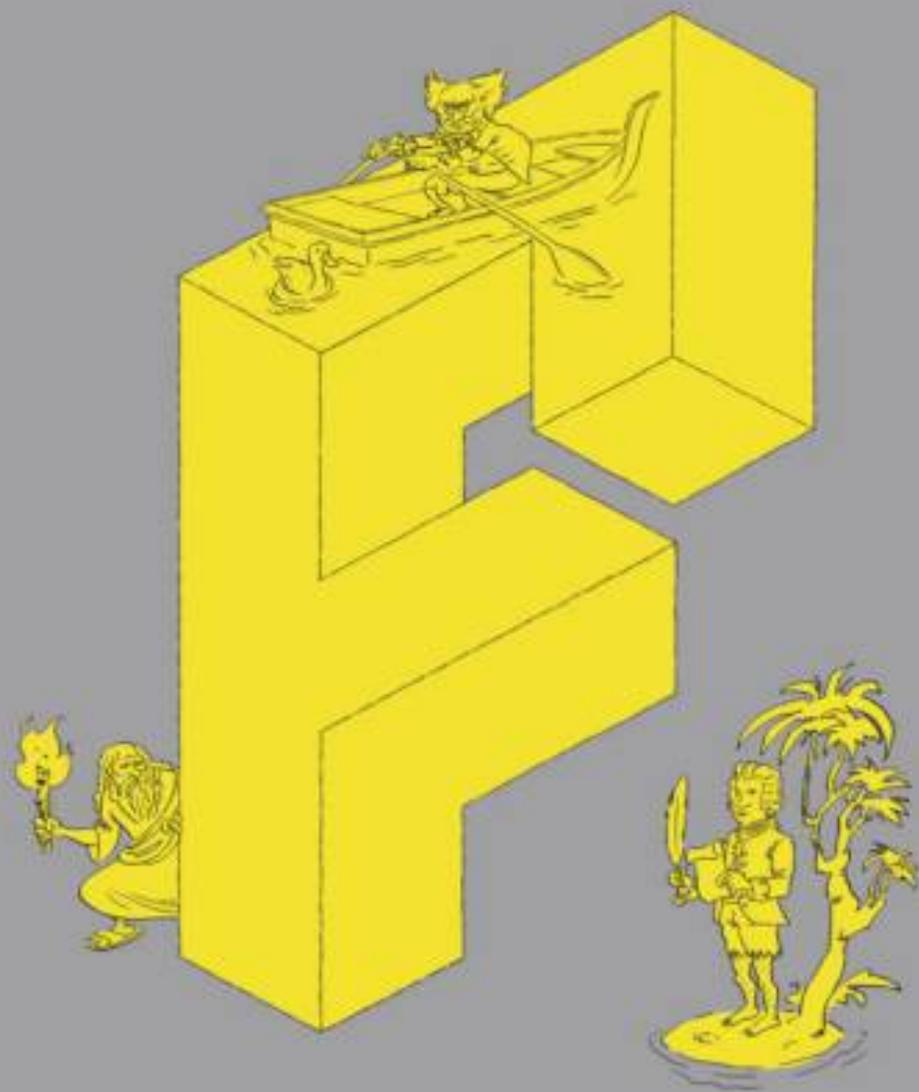


Friedhelm Moser

Pequeña filosofía para no filósofos



Herder

Friedhelm Moser

Pequeña filosofía para no filósofos

TRADUCCIÓN DE MACARENA GONZÁLEZ

Herder

Título original: Kleine Philosophie für Nichtphilosophen

Diseño de la cubierta: Raúl Grabau

Traducción: Macarena González

Edición digital: Pablo Barrio

© 2001, Verlag C.H. Beck oHG, München

© 2003 , Herder Editorial, S.L., Barcelona

1ª edición digital, 2017

ISBN: 978-84-254-3903-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

Prólogo

1. El yo
 - o *El hombre en el espejo*
2. La paradoja
 - o *¿Es posible vivir en castillos de naipes?*
3. La verdad
 - o *La vida en la caja de Skinner*
4. El amor
 - o *El demonio agridulce*
5. La soledad
 - o *El hombre que amaba las islas*
6. El valor cívico
 - o *¿Cuánto coraje puede exigírsele a una persona?*
7. El trabajo
 - o *Sísifo y la piedra filosofal*
8. La evolución
 - o *¿Adónde viajamos?*

9. La mística
 - o *La añoranza del cielo*
10. La muerte
 - o *Mi asesino, mi amigo*
11. La libertad
 - o *¿Es usted una bola de billar?*
12. El juego
 - o *El señor de las moscas*
13. La lógica
 - o *Cuando los mentirosos llaman mentirosos a los mentirosos*
14. El tiempo
 - o *El universo de los relojes*
15. La igualdad
 - o *La balanza de la Justicia: ¿cuna de la justicia?*
16. La información
 - o *Desinformación y formación*
17. El viaje
 - o *Vivir es estar en camino*
18. La guerra
 - o *¿Es el miedo una virtud?*
19. La risa
 - o *¿Don divino o mueca diabólica?*

20. El lenguaje

o *El disfraz de los pensamientos*

21. La filosofía

o *Meditaciones en el estadio*

Prólogo

A los quince años, cuando empezaba a interesarme por la filosofía y adquirí en Karstadt un tomito barato titulado *Kant. Escritos escogidos*, tenía yo una visión peculiar de esta disciplina. Creía que la filosofía arrojaba claridad sobre la confusión del mundo, que enseñaba al ser humano distintos caminos para alcanzar la felicidad y que ofrecía una respuesta a las preguntas últimas.

Con el correr de los años mi visión de la filosofía cambió. Ahora ya no diría que la tarea central de la filosofía es deducir y comprobar verdades. ¿Y entonces cuál es?

Permítame referirle un par de episodios de mi vida filosófica cotidiana:

Voy conduciendo por la ciudad, en plena época de campaña electoral. Cada dos farolas sonrío un candidato o una candidata. Los eslogans son «Seguridad para Alemania» y «No lo haremos todo distinto, pero haremos muchas cosas mejor». El conjunto no es particularmente original, y me pregunto por qué no se les ocurrirá nada más ingenioso a políticos tan listos y estrategias publicitarias tan creativos. Hasta que me doy cuenta de que el ingenio puede llegar a ser contraproducente. La mayoría de los electores –y de ellos se trata– quieren fiabilidad y simplicidad. Es por eso que en la campaña electoral sería un signo de estupidez

mostrarse muy inteligente. Cuanto más astuto es uno, más mediocre se muestra. Me divierte esta pequeña paradoja, de modo que probablemente esbozo una sonrisa tan poco inteligente como la de los personajes de papel que flanquean la acera.

¿Será ésa la razón de que una bella mujer de piel oscura me sonría desde la zona peatonal? Me siento tentado de ir tras de ella, pero de pronto me asalta una idea. Es una idea fascinante, del investigador de la evolución humana Richard Dawkins. Según su opinión, todos los seres vivos –incluido el ser humano– no son más que una «máquina de supervivencia» para genes. Y si una mujer morena me parece atractiva es porque mis genes «saben» que la fusión con cromosomas exóticos aumentaría abruptamente su cotización en la bolsa de la evolución. Eso lo dice Dawkins; y yo les digo a mis genes: «Portaos bien, que aún soy yo el que manda en casa». De todas formas, no tengo tiempo. He quedado a comer con unos amigos.

El matrimonio que está frente a mí en el restaurante italiano se ha comprado una casa y lleva meses dedicándose a reformarla y amueblarla. Así que la casa es el tema principal de la conversación.

–Y tú, ¿no quieres comprarte una casa? –me preguntan–. A fin de cuentas, el alquiler es dinero perdido.

A mí me rondan por la cabeza las ventajas de no tener casa, pero no tengo ganas de iniciar un debate de fondo a la hora del postre. Por eso, digo:

–Ya me he comprado una casa. Muchas casas. Antes, cuando jugaba con mi hermana al Monopoly.

La idea podrá parecer ridícula, pero no es del todo absurda. El juego simula el mundo, ¿y acaso el mundo no simula el juego? Me propongo ir a la biblioteca de la universidad después del café y buscar bibliografía sobre el tema del juego. Me parece que «juego» –al igual que «paradoja» o «evolución»– es una buena palabra clave para el libro que tengo en mente (y que usted tiene ahora en sus manos).

Estos episodios sirven para demostrar que la filosofía tiene mucho que ver con las derivas del pensamiento. Al filósofo le gustan los rodeos y los extravíos. Mientras pasea, suele olvidar a dónde quería ir. Va por la vida como quien recorre, por primera vez y sin prisa, las calles de una ciudad extraña. Lleva una guía turística (la literatura filosófica), pero pocas veces la consulta. Pues su interés no se limita a las curiosidades que todo el mundo conoce. Un pozo pintoresco que descubre en un patio trasero quizá le conmueva más que la pinacoteca entera.

Este libro intenta inducirle a que se dé una vuelta por algunos de los barrios más interesantes de la filosofía. Lo único que debe usted traer es ganas de emprender algo nuevo y un poco de tranquilidad. Y, por favor, no olvide el consejo de Schopenhauer: «...las ideas puestas por escrito no son más que las huellas que un paseante deja en la arena: uno puede ver el camino que ha tomado, pero para saber lo que él ha visto a lo largo del camino, ha de usar sus propios ojos».

1

El yo

o

El hombre en el espejo

«He intentado librarme de ese antiguo, polvoriento, gruñón y perezoso círculo mágico de mi yo en el que estoy condenado a girar, pero todo –por más normal que fuese lo que intentaba hacer–, absolutamente todo, adquiriría de inmediato mi color característico, mi naturaleza y mi olor. Sólo podía hacer eso y sólo podía hacerlo así. Siempre lo mismo, siempre lo mismo. Si quisiera pegarme un tiro o ahorcarme, cosa que a veces me planteo tan seriamente como si debo ir o no a la ciudad, tampoco lo haría como aquel soldado que se ahorcó el año pasado en Sasek, sino de la manera que me es propia, es decir, de alguna manera antigua, estúpida, gruñona y triste.»

(León Tolstoi, *Apuntes de un marido*)

Empecemos por el origen de todos los sentimientos y pensamientos: ¡empecemos por el yo!

¿Empezar por el yo? ¿Está permitido? Una de las más estrictas normas de conducta de mi niñez era: «No empezar nunca una carta ni una redacción con “yo”». Empezar con «yo» demostraba arrogancia, y la arrogancia demostraba estupidez. Aunque uno sólo quería escribir: «Yo espero que os vaya bien». O: «Yo fui a casa de mi tío Luis en las vaca-

ciones de verano.» ¿Y Luis XIV («El Estado soy yo»)? ¿Acaso era un modelo de modestia? Pero no, no había nada que hacerle. El yo era desterrado del principio y tenía que perderse en una multitud de palabras. Y en las enumeraciones siempre debía ponerse al final de todo. A los que infringían este principio se les consideraba unos burros. El burro delante para que no se espante, se decía para burlarse de los niños que no habían aprendido la lección.

El yo era un leproso. Pero aún más repugnante que el yo desnudo era el yo que tenía deseos o que –Dios no lo quiera– planteaba exigencias. Cuando la tía Waltraud preguntaba «¿Quién quiere otro trozo de tarta?», un espontáneo «¡Yo!» era, con toda seguridad, la respuesta incorrecta. Al que se abría paso a codazos hasta la mesa de la tía Waltraud, le tocaba ser el último, tenía que contentarse con el trozo más pequeño y, además, aguantar una bronca: «¡No seas egoísta!». Y mi prima Gaby esbozaba una sonrisa maliciosa.

¡Ay, tía Waltraud! Si en aquella época hubiese sido un poco más espabilado, te habría contestado: «Pero es que *debo* ser egoísta. De mayor quiero ser filósofo, y en esa profesión lo principal es el yo. Mi egoísmo es un indicio seguro de mi vocación filosófica. Y ahora, en nombre de Nietzsche, ¡dame tarta y haz el favor de ponerme el trozo más grande!».

Así habría podido salirme con la mía. Pero, en lugar de eso, me ponía colorado: una clara señal de mi capitulación con el superyó. Pues mi yo aún estaba bastante poco desarrollado, era un débil yo que acababa de salir al mundo y todavía andaba con paso vacilante.

*

¿A partir de cuándo tiene uno realmente un yo? Según dicen, hay gente que se acuerda de su propio nacimiento. Claro que también habrá quien afirma haber sido Alejandro Magno o la hija del faraón en una vida anterior (por lo visto, los soldados rasos y los esclavos nunca se han reencarnado). Lo cierto es que en el nacimiento el yo brilla por su ausencia. El hecho de que a uno le hayan cortado el cordón umbilical no significa que ya tenga conciencia de sí mismo. En los cambia-pañales y en las cunas también es raro encontrar yoes.

El yo se revela y se descubre en algún punto intermedio entre el chupete y el primer día de escuela. Yo no recuerdo ese momento, así que mejor cedámosle la palabra al filósofo poeta Jean Paul: «Una mañana, cuando era muy pequeño, me encontraba en la puerta de casa mirando hacia la izquierda, hacia el sitio donde estaba la leña, cuando de repente el rostro interior “yo soy un yo” pasó ante mí como un rayo y desde entonces sigue allí, iluminando: fue entonces cuando mi yo se vio a sí mismo por primera vez y para siempre».

La frase «yo soy un yo» tiene lo suyo, si se la mira desde un punto de vista filosófico. La misma palabra se usa de dos modos muy diferentes: «yo» no es lo mismo que «un yo». En este sentido, debo retirar lo dicho en el penúltimo párrafo. El niño que está en la puerta de su casa en el segundo anterior al «rayo» sí que posee un «yo», pero sólo es un pequeño «yo». Ese yo mira absorto hacia fuera, hacia la pila de leña. Ese yo es una mirilla a través de la cual el pe-

queño niño ve el mundo. Una mirilla móvil con estetoscopio integrado, y otros extras incluidos. Una mirilla que se abre al nacer y se cierra al morir.

El pequeño «yo» no es muy poderoso que digamos. Las gallinas que picotean granos en el patio son mirillas similares; hasta la hormiga que corre por la pila de leña tiene ojos en la cabeza y un objetivo que alcanzar.

El gran «yo», el «yo» que le interesa a la filosofía, es algo radicalmente distinto. Se forma mediante una suerte de fisión nuclear. Así de impresionantes son las consecuencias de este proceso. El pequeño «yo» se parte por la mitad y se presenta delante de sí mismo. De golpe, se encuentra ante un espejo interior y se asusta de su reflejo atroz. En el segundo primigenio de la personalidad, la mirilla desaparece en la mirilla, y surge un nuevo mundo, un gabinete de espejos, el universo del gran yo.

El disparatado abismo entre el pequeño yo y el gran yo constituye una paradoja fundamental de nuestra vida. El pequeño yo es sólo una aguja en el pajar del tiempo y el espacio, una fortuita y fugaz aglomeración de átomos en el torbellino de las galaxias, un pestañeo en el sueño de una sombra. El gran yo es más infinito que lo infinito: la Tierra forma parte del sistema solar, el Sol sólo es una de las miles de millones de estrellas de la galaxia y, excepto algún que otro astrónomo loco, ¿quién cuenta las galaxias que hay en el universo? El gran yo alberga en sí todo ese mundo ilimitado, conoce mundos alternativos comunicándose con otros yoes y, por último, posee la capacidad de imaginarse tantos mundos posibles como desee. El gran yo es realmente *muy* grande. Cada una de las personas que tiene un

gran yo siente que lo es todo y más que todo. Eso le enorgullece y, a la vez, le desanima. ¡Qué espantoso, qué pena tan grande sería perder ese fenomenal gran yo! Los predicadores de sectas, que año tras año nos advierten: «¡Haced penitencia, que el fin del mundo está próximo!», a la mayoría de nosotros no nos inspiran otra cosa que una sonrisa de desprecio. Y, sin embargo, el fin del mundo es una realidad. Se produce cada segundo, en algún lugar del mundo. Cada vez que un ser humano se vuelve hacia la pared y exhala su último suspiro, un mundo se sumerge en la nada, un infinito desaparece para siempre.

Pero hay un consuelo: en cada embrión nace un nuevo cosmos.

*

¿Es un soplo de infinito lo que nos hace estremecernos la primera vez que miramos el espejo interior (y la primera vez que el espejo interior nos mira a nosotros)?

Los espejos son inquietantes. Una de las más bellas historias de horror que conozco es *El extraño* de H.P. Lovecraft. Un joven crece en un antiguo castillo abandonado, de aspecto aterrador. Las copas de los gigantescos árboles que rodean el castillo no dejan pasar la luz del sol. Una única torre escarpada se alza por encima del techo de hojas. Un día el joven sube a la torre. Tras una escalada inacabable, no se encuentra sobre una plataforma panorámica a una altura vertiginosa, tal como esperaba, sino a ras de tierra. Por primera vez ve la luna llena. Vaga por el campo y encuentra un castillo donde se celebra una fiesta. En cuan-